

---

---

---

---

---

---

---

---

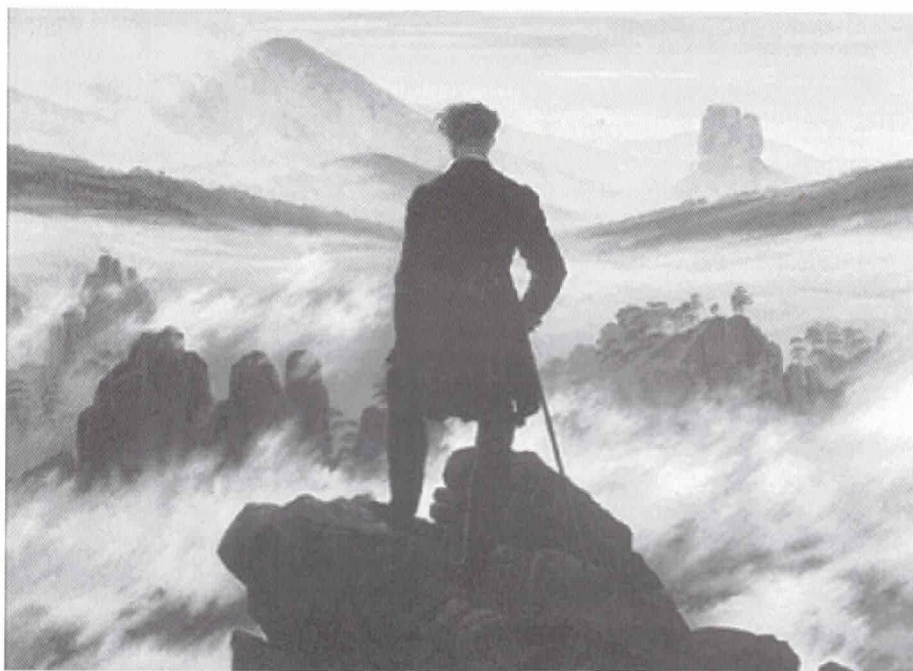
---

---

# CAMPANARIOS Y TORRES (GEMELAS)

Reflexiones sobre las identidades humanas en el contexto local-global.

Por Diego Sanz Martínez.



"C. Friedrich. Viajero frente al mar de niebla (1818). El Siglo XIX fue clave en la búsqueda de la identidad individual y colectiva"

*Ni me avergüence, nacido como soy de celtas e iberos, poner en leve verso los nombres un tanto ásperos de nuestra tierra...*

Marco Valerio Marcial

Hace unas semanas conversando con él, un amigo del pueblo me hizo caer en la cuenta de la necesidad de seguir trabajando en *Hontanar* en el tratamiento de temas locales. Quizá hemos tratado de salirnos en los últimos tiempos de temas recurrentes con el fin de descansar y permitir descansar un poco a nuestros lectores; pero quizá huyendo del localismo fanático e improductivo que tanto aborrecemos, hemos dejado un tanto abandonado el objeto de esta publicación: Alustante y nuestra comarca. Sea como sea, esta crítica me hizo ver también cómo *Hontanar* ha contribuido a reconstruir poco a poco en estos años la identidad del pueblo hecha trizas en las batallas de la despoblación y desestructuración comunitaria, y cómo nuestra asociación debe de seguir trabajando en esta tarea con entusiasmo pero también con visión cabal.

## Identidad personal e identidad colectiva.

Pero ¿por qué seguir trabajando en esta reconstrucción identitaria? Cada vez estoy más convencido de que la identidad colectiva está íntimamente relacionada con la identidad del individuo, y que una identidad colectiva sana es importantísima para este. En la conocida jerarquía de las necesidades, de Maslow, el sentimiento de pertenencia es una de las necesidades básicas del individuo, de modo que la persona que se ha sentido bien en su vida, especialmente en su niñez, perteneciendo a un grupo, y se ha identificado con las metas y triunfos colectivos, también es una persona autónoma, sana y fuerte (MASLOW: 1954, 47 y 66).

Pero para llegar a la identificación es necesario el conocimiento. Conocer es amar. La primera vez que oí o leí esta expresión no vino de ningún pensador foráneo, sino de un hombre del pueblo que, aunque de una forma muy personal, hablaba sobre las *esencias* de la tierra a la que pertenecemos (PÉREZ SÁNCHEZ: 1991, 17). Por lo tanto, el conocimiento es el paso primero

y principal para llegar al amor hacia algo o alguien, también hacia nosotros mismos. El conocimiento es la antesala del saber vivir individual, de modo que todas las grandes tradiciones filosóficas y espirituales llegan en algún momento de su discurso a la idea del *conocerse a sí mismo* como base del bienestar. No es de extrañar pues, que el despertar de la conciencia individual se diera a la par del de las conciencias nacionales entre los siglos XVIII y XIX, aunque no sin dolor ni posiciones encontradas entre la prevalencia de unas u otras. Hoy sabemos que no son cuestiones contrapuestas, ni siquiera que la identidad individual o colectiva deba de ser única y absoluta.

Desde luego, el proceso de conocimiento requiere esfuerzo, es agotador a veces, de ahí que estemos optando en nuestra sociedad, llena de estímulos externos, por un modo de vivir superficial, por el miedo a enfrentarnos a nuestra propia identidad. Cada vez veo más claro que es mucho más fácil decir, yo soy de izquierdas o de derechas, o ecologista, o católico, o musulmán, o judío, o definimos por lo mucho, muchísimo, que sabemos o tenemos, siempre de cara a la opinión de los demás, mucho más fácil digo, que declarar: yo soy yo, (y ponga usted aquí su nombre). De ahí también que, con respecto a nuestra tierra, sea más fácil atender a nuestros medios de comunicación, nuestros folletos divulgativos y nuestras webs, muchas veces llenos de incorrecciones, repeticiones, vaguedades e inexactitudes que atreverse a "reconocer el lugar del que procede cada ser humano y asumir sus capacidades y poderes" (PARÍS ALBERT: 2005, 295).

Alguien podrá preguntarse si la indagación sobre la identidad local y comarcal puede conducir al localismo en su sentido peyorativo; sin embargo, en el proceso que conlleva el conocimiento va implícito el alejamiento de ese fenómeno. El historiador francés Marc Bloch decía que para entender bien lo de casa y captar sus originalidades lo mejor es salir fuera (BLOCH: 1978, 42), y es que el conocimiento implica necesariamente dejar de creerse el om-

bligo del mundo y abrirse al exterior para comprender nuestros microcosmos. Si el conocimiento de sí mismo no conduce al egocentrismo sino muchas veces a actitudes de generosidad y siempre al reconocimiento y comprensión del *otro*, el conocimiento del lugar mayor y menor al que se pertenece, conduce al abandono de los chovinismos basados en cuatro o cinco tópicos y por lo tanto en falsas ideas sobre mi pueblo o mi nación y, desde luego, al abandono de identificaciones artificiosas, pomposas, de prejuicios sobre los pueblos vecinos y de complejillos de inferioridad colectivos.

## Campanarios.

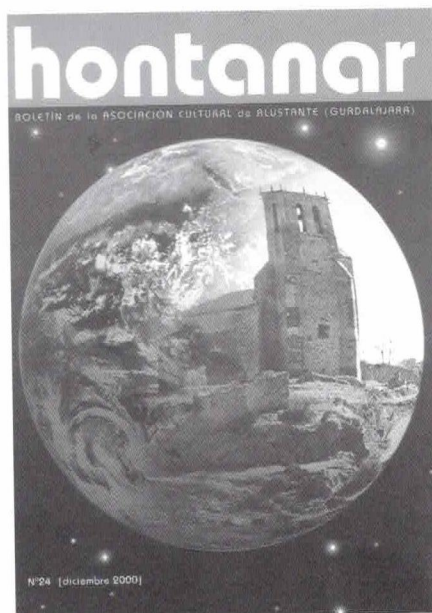
España es un país profundamente localista donde son muy comunes las rivalidades entre pueblos vecinos y/o pueblos de menor entidad *versus* antiguas o nuevas capitales comarcales o regionales. Siguen vivas y se renuevan generación tras generación, las rencillas entre coruñeses y vigueses, santanderinos y torrelaveguenses, sevillanos y malagueños, murcianos y cartageneros, vizcaínos y guipuchis, leoneses y vallisoletanos.

En 1918 D. Manuel María Vergara, gran estudioso del folklore español, y fundamentalmente del castellano, ponía de manifiesto la rivalidad entre regiones que subyace en el refranero hispánico. Sin embargo, según afirmaba él *"lo peor es que se acentúa ese mal juicio dentro de cada comarca entre los habitantes de una localidad con respecto a los que viven próximos a ella"*; así, de esa presunción de que *"cada lugar tiene que valer más que sus vecinos nace un individualismo exagerado, perjudicial en alto grado para los intereses de todos"*. D. Manuel María incide en el maltrato que en el acerbo popular se dan unos a otros, hasta entre las aldeas más pequeñas, de modo que *"no se les puede imbuir la idea de que marchen de acuerdo para procurar el bien común y el engrandecimiento de una patria, que generalmente no sienten por no estar educados para ello o por tener el convencimiento de que el límite de lo que puede interesarles no alcanza más allá de donde llega la jurisdicción de cada ayuntamiento"* (VERGARA MARTÍN: 1918, 5).

En este sentido muchos de los seudogentilicios que han llegado hasta la misma actualidad, tienen su origen en los apodos colectivos que un pueblo aplicaba a otro. Sin ir más lejos los vecinos de Motos llamaban *tahures*

(acentuada la *a*) a los de Alustante, acaso por su dedicación al trato de mulas, actividad vista muchas veces por recelo en la opinión popular, y en relación con el dicho *"Alustante, los tratantes, para pobres engañar"*. A su vez los de Alustante llamaban a los de Motos *zurriñanos* (CRUZ HERRERA: 2001, 70-71), mientras que el gentilicio *motoso/a* pudo nacer también como un seudogentilicio, dado que el gentilicio real es *motosino/a*.

Hace años, de no recuerdo qué escrito del jesuita José Ignacio González Faus, recogí la idea de que bajo la maledicencia, la crítica y el insulto, subyace por parte del ejecutor la afirmación *"Yo no soy como ese"*, cuando en realidad los seres humanos nos llevamos entre unos y otros el canto de un duro. Hay maledicencias tanto entre in-



dividuos como entre comunidades, y a veces, cuando embutimos en un fardel a todos los habitantes de un pueblo y decimos de ellos que son brutos, tontos, chulos, etc., estamos diciendo: *"Nosotros no somos como ellos"*; pero, efectivamente, nos llevamos todos el canto de un duro.

Estas rivalidades se reeditaban año tras año en romerías y fiestas populares, sin contar los roces que se pudieran dar en las tareas agrarias en las que convergían diversos pueblos, sobre todo en el aprovechamiento de los pastos comunes y servidumbres. Se cuenta que la rogativa de las Siete Cruces que congregó hasta principios del siglo XX en la ermita de San Sebastián a los pueblos de Piqueras, Adobes, Tordesilos, Motos, Orea, Alcoroches y Alustante, en honor al Cristo de las Llu-

vias, se abolió por la altanería de estos últimos y la mofa hacia a los demás pueblos que allí acudían (SANZ: 2010, 227).

Asimismo, en el siglo XIX, se comenzaron a vedar para siempre los términos municipales a los ganados de pueblos vecinos y se comienza a negar la existencia de áreas de pasto y paso comunes, utilizadas desde la Edad Media, con un cinismo que todavía sorprende al investigador. Alustante niega el paso a los ganaderos de Motos por su término, y emprende un pleito que termina derogando el derecho de pasto secular que los de Tordesilos (y el resto de pueblos del Señorío de Molina) tenían en la zona de los Altos; Checa cuestiona el derecho de pasto a los ganaderos del resto del Señorío en Sierra Molina; los entretérminos, áreas de pastos y aprovechamientos comunes, ubicadas entre las jurisdicciones de varios pueblos de Molina, acaban repartiéndose entre estos. La suspensión temporal de la Común de la Tierra de Molina (1856-1881), las desamortizaciones de muchos de los bienes comunales y la abolición de los usos y costumbres tradicionales fueron celebradas con un fenomenal desbarate.

Aquellos momentos fueron claves para el ensimismamiento local al verse pueblos pequeñísimos convertidos en cuasi-repúblicas, especialmente con la generalización de ayuntamientos surgida de la Constitución de Cádiz (1812). Son años en los que la administración local española comienza a basarse únicamente en municipios y provincias, rompiendo con realidades comarcales y regionales dotadas de instituciones que enriquecían (y humanizaban) el panorama de la administración local, y que acaso actuaban con mayor eficiencia que el nuevo binomio micro-municipio/provincia (FERNANDEZ DE GATTA: 2010, 253). Quizá el localismo venía de antiguo, pero su sanción jurídica llegó en esta época, reforzando el fenómeno, y fue creciendo en los siglos XIX y XX a medida que también crecían los pueblos, hasta alcanzar el *baby boom* de los 60, e incluso más allá del éxodo.

Paradójicamente (o no), a medida que se fue desarrollando el localismo se fueron perdiendo las señas de identidad locales y comarcales. Cuando trabajamos en el estudio de la arquitectura popular del Señorío de Molina, convivimos con Elena Sanz y Teodoro Alonso que la destrucción del patrimonio heredado no viene sólo de la igno-

rancia, sino de un profundo deseo de enterrar todo vestigio de lo que se ha sido, de negar de dónde se viene. Mucho de lo destruido en las últimas tres o cuatro décadas en esta tierra lo ha sido en nombre de las apariencias, y por lo tanto con el anhelo de crear una falsa identidad propia y colectiva. Por el camino han desaparecido tradiciones, edificios y elementos constructivos, caminería histórica, léxico, literatura oral, música y dances, toponimia, paisajes culturales enteros.

Aquí también se incardina la demora en el reconocimiento del Señorío de Molina comunidad supramunicipal tal como se propuso el Estatuto de Autonomía de Castilla-La Mancha en 1982 y se reitera en el proyecto de reforma de 2008, quizá por miedo y a sabiendas de la potencia que posee esta identidad. Mientras, El Bierzo ya lleva aprobadas dos leyes específicas (1991 y 2010); el Valle de Arán también posee su régimen especial desde 1990 y está reconocido en el *Estatut* de 2006; las comunidades de villa y tierra históricas en Castilla y León gozan de la regulación de sus competencias desde 1998; y en Aragón la Comunidad de Albarracín ha sido ampliamente protegida a través de la Ley de Administración Local de 1999 y el Reglamento de Territorio y Población de las Entidades en tanto que comunidad de villa y tierra (2002), en virtud de los cuales ha actualizado sus estatutos en 2007. Por el contrario aquí han cundido mancomunidades por doquier destruyendo las más de las veces la articulación territorial en sesmas, y el Parque Natural del Alto Tajo -una bella e importante reserva natural, nada menos, pero nada más- intenta presentarse muchas veces como comarca alternativa y por lo tanto como disolvente comarcal.

Son fenómenos que catalizan en ocasiones aspectos del localismo más cañí, y que están dando lugar a un empobrecimiento identitario cuyos perjuicios económicos, sociales y políticos vamos a pagar (estamos pagando ya) a un altísimo precio en esta comarca. En todo caso, aun vaciado de señas de identidad, parece que este localismo tradicional ha lle-

gado con buena salud hasta la actualidad, se ha fomentado desde la política y acaso hasta se esté reforzando en esta era de la globalización.

### Y Torres (Gemelas)

Aunque nuestra vida en el medio rural se desarrolla a escala local, nuestra cotidianidad, cada vez más itinerante, tecnología, formas de vida, de vestir, actuar e incluso hablar, han acabado formando parte del *formato estándar* global. Nuestra economía depende de lo acaecido a decenas de miles de kilómetros, e incluso nuestros estados de ánimo se ven afectados por los acontecimientos más remotos, como lo que ocurrió después del encierro de los novillos de Orihuela, aquel martes 11 de septiembre



"Sede del Conselh Generau d'Aran". [www2.aran.org](http://www2.aran.org)

de 2001, o lo acontecido el pasado 11 de marzo, viernes, quizá en uno de los días más tranquilos del año en Alustante. Este proceso se ha visto reforzado por el aumento de la información e interrelación telemática; como señaló Alex de la Iglesia en su discurso de los premios Goya del pasado 13 de febrero: "Internet no es el futuro, como algunos creen: es el presente", y en los pueblos esto lo sabemos desde hace ya bastante tiempo.

Pero ¿en qué medida está afectando esto a nuestra identidad? Parece que mientras, por un lado se están diluyendo las fronteras nacionales y el ciudadano es más partícipe de realidades físicamente lejanas, se está reforzando la conciencia de pertenencia a instancias cada vez más cercanas, por lo que, unido a otros

procesos sociopolíticos y económicos tendentes a la transnacionalización y a la progresiva descentralización, se ha extendido el llamado "localismo cosmopolita" (MORENO: 2004).

La conmoción que supuso la desintegración de las comunidades rurales con la emigración de sus vecinos a las grandes ciudades españolas y a la Europa próspera en los años 1950, 60 y 70 fundamentalmente, hizo que muchas identidades se perdieran en esos caminos a veces sin retorno. Sin embargo, es muy interesante ver cómo se han ido reconstruyendo estas mismas identidades en los últimos años, aunque de una forma muy original. Todo se inició con el tímido regreso de los emigrados, en ocasiones después de algunos años de ausencia, a

las fiestas estivales, coincidentes o no con las patronales. El fenómeno de las fiestas de verano fue la semilla de la recomposición de las comunidades rurales. El caso de Alustante es bien conocido, con la labor de Leandro Sanz y aquellas primeras comisiones de fiestas desde 1971 y la creación de Hontanar en 1979. Se trató, evidentemente, de una recomposición identitaria muy restringida al lugar menor, pero gracias a la cual el miembro de la comunidad ya no sólo era el residen-

te, sino que también el ausente recuperó su conciencia de pertenencia al pueblo.

Un segundo momento de la recomposición de la conciencia local vino con las mejoras de las comunicaciones terrestres. Para nuestro caso, muchos fueron cambiando el tren a Santa Eulalia y el autobús de Teruel por vehículos propios que circulaban cada vez sobre mejores carreteras, de modo que estos viajes de Valencia a Alustante pasaron de unas 5 horas a las actuales 2 horas aproximadamente, casi como desde Guadalajara. Esto ha dado lugar a una mayor presencia de miembros del pueblo residentes en otras partes, lo que ha intensificado la conciencia local y se ha transmitido a generaciones de no nacidos en los pueblos.

El tercer momento ha venido con la

revolución de las telecomunicaciones. Si con el teléfono había acontecimientos locales que llegaban antes a Valencia, a Zaragoza o a Madrid que a algunas casas del pueblo, con Internet las redes de información, especialmente entre los más jóvenes es, sin más, sorprendente.

En este sentido algunas señas de identidad se han rehabilitado, y así, por ejemplo, muchísimos miembros de las comunidades virtuales locales utilizan el nombre de su pueblo como parte de su dirección electrónica. Para el caso de Alustante, existe un gran número de internautas que incluye en su nombre de usuario las partículas 'alustante' o 'alus', apócope que implica un cariño innegable hacia el pueblo, aparte de que el que más y el que menos hemos sido llamados *Alus* una vez u otra en tiempos y espacios de diáspora. Por ejemplo, *pedroalus@loquesea.com* o *juan\_alustante@dalomismo.es*. Algunos ni siquiera pernocan en el pueblo más de 15 días al año pero su identidad de referencia es Alustante, el pueblo de su nacimiento, el de sus padres o incluso el de sus abuelos. En otros casos también ciertamente interesantes, una de las partes de la dirección de correo es el apodo familiar, con lo cual se observa una identificación no sólo con el lugar de procedencia sino también con la familia extensa, con el clan, dado que pueden ser apodos centenarios compartidos por un conjunto numeroso de individuos.

Otro fenómeno que está reforzando las identidades locales es el de las páginas web. Muchas, ciertamente, ofrecen únicamente contenidos fijos: ubicación geográfica del pueblo, historia, naturaleza, tradiciones, y las fotos de las fiestas, pero las hay que se actualizan con cierta asiduidad, lo que aparte de denotar frescura y dinamismo, potencian la conciencia local, ofrecen conocimientos nuevos (y recordemos que conocer es amar). Quizá los casos más extremos son los de las webcams colocadas en determinados puntos de un pueblo y que se actualizan cada pocos segundos. También las redes sociales del tipo Facebook, Twitter o Tuenti, han contribuido a crear comunidades virtuales de vecinos y oriundos muy activas, que comparten direcciones, contenidos e imágenes alusivos a lugares muy concretos que pueden recorrer potencialmente el planeta. Y ahí es donde surge la identidad local-global de la que hablamos.

Este fenómeno se ha observado en España especialmente entre los jóvenes. Al menos desde 1996 el número de jóvenes que se identificaban más con su pue-

blo o ciudad superaba a aquellos que lo hacían con su comunidad autónoma y nación, y si bien en los primeros años la identificación con instancias internacionales (UE, escala global) era baja, la identificación cosmopolita ha ido creciendo hasta casi igualarse con la nacional (ANDREU ABELA: 2005, 505-521). En suma, los jóvenes españoles son fundamentalmente localistas, pero su intensa relación con las nuevas tecnologías, y su proyección exterior cada vez más acusada —a veces inconsciente— les hace compartir esa doble identidad local-global.

Quizá el problema que existe con este tipo de identidades extremas es que se está perdiendo la riqueza de la identificación con instancias intermedias, muy especialmente aquí, y acaso más entre los residentes fuera, la de la escala co-



Membrete de la Común del Señorío de Molina, c. 1945 a.m. Alustante

marcal. Para mí se trata de un fenómeno que puede estar reeditando el localismo tradicional. Me preocupa que estemos contribuyendo en este proceso con páginas del tipo *www.alustante.com* o incluso con la propia revista *Hontanar*. Podemos estar generando una imagen distorsionada de nuestra identidad, la cual no acaba ni mucho menos en el pueblo. La solución, desde luego, no es dejar de trabajar en ellas, sino cuidar contenidos, ampliarlos a la realidad comarcal, trabajarlos más, alejarnos de los tópicos, filtrar identidades impuestas y establecer mayores y mejores conexiones entre publicaciones locales de la comarca. En suma, preferir, si cabe, la creatividad a la mediocridad.

Al tratar de todo esto no estamos "hablando de temas baladíes, ñoños, trasnochados, indignos de recabar el es-

fuerzo de nuestro córtex (...); por el contrario, podemos ver ya, en alguna medida, la trascendencia que estos aspectos tienen" (FERNÁNDEZ MANJÓN: 2010, 23). Así pues, si bien la globalización nos está permitiendo avanzar en muchos sentidos en el medio rural, el mismo autor del que tomamos la cita anterior nos advierte de la necesidad de seguir trabajando "contra las más execrables tendencias de la globalización uniformizadora, castrante, roma, triste, gris y esencialmente ramplona" (*Ibidem*, 52). De este modo, aunque en los últimos años se han desatendido estas cuestiones —especialmente en esta región, que programa concursos de copla en su televisión autonómica en la misma franja horaria de los certámenes de jota en Aragón Televisión—, en otros espacios, algunos bien cercanos al nuestro, la confianza en un futuro mejor se está basando precisamente en ese saber quién se es. Y es que sentirse identificado con el territorio que se pisa o procede, ser conscientes de su pasado y de su potencia, "es un valor que, obviamente, sirve para vivir, para llevar la vida hacia adelante y para tener esperanza sobre todo" (Ver. SAEZ: 2011).

**Bibliografía:** ANDREU ABELA, Jaime. *Informe juventud en España 2004*, parte IV. Instituto de la Juventud, Madrid 2005; /BLOCH, Marc. *Historia rural francesa*. Las clases y el gobierno de los hombres. Crítica, Barcelona, 1978 [1ª 1931]; /CRUZ HERRERA, María Pilar. "Diccionario de gentilicios de la provincia de Guadalajara" en *Cuadernos de Etnología de Guadalajara*, nº 32-33, 2001, pp. 9-110; /FERNÁNDEZ DE GATTA SÁNCHEZ, Dionisio. "El régimen jurídico de las Comunidades de Villa y Tierra: aspectos históricos y régimen vigente" en *Revista jurídica de Castilla y León*, nº 21 (mayo 2010), pp. 245-320; /FERNÁNDEZ MANJÓN, Desiderio. La identidad humana y los territorios. El caso de Castilla y León. Visión Libros, Madrid, 2010; /MASLOW, A. H. *Motivación y personalidad*. Ed. Díaz de Santos, Madrid, 1991 [1ª ed. 1954], pp. 47 y 66; /MORENO, Luis. "Identidades múltiples y mesogobiernos globales" en *Unidad de políticas comparadas (CSIC)*, nº 16 (2004); /PARIS ALBERT, Sonia "Recursos de Internet para la comunicación local de la transformación de conflictos desde el localismo cosmopolita" en *La comunicación local por Internet*, Servicio de publicaciones de la Universitat Jaume I, Castellón, 2005, pp. 291-304; /PÉREZ SÁNCHEZ, Domingo "Alustante en el tiempo" (Pregón de fiestas 1990) en *Programa de fiestas de Alustante 1991*, s.l. 1991, pp. 15-17; /SAEZ, Javier. Intervención en el reportaje "La Sierra de Albaracín" en *Informe Semanal* (19/02/2011) TVE; /SANZ MARTÍNEZ, Diego. *La cofradía del Santo Cristo y de la Vera Cruz de Alustante*. Cofradía del Sto. Cristo de las Lluvias, DL. Guadalajara, 2010; /VERGARA MARTÍN, Gabriel María. *Apodos que aplican a los habitantes de algunas localidades españolas los de los pueblos próximos a ellas*, Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica, Madrid, 1918.